

AGENDA CIUDADANA

MUERE LO VALIOSO, SUBSISTE LO INDESEABLE

Lorenzo Meyer

Paradoja. Hay cosas excepcionalmente valiosas entre nosotros que están muriendo como consecuencia del descuido y de las lacras que desde siempre plagan nuestra vida pública. Un buen ejemplo de esta tragedia es la biodiversidad: México tiene hoy un primer lugar en la extinción de especies, en el empobrecimiento permanente de una naturaleza que no sólo es nuestra sino del planeta en su conjunto. Por otro lado, los terribles vicios heredados del pasado persisten y prosperan, como son la imposibilidad de crecer a tasas que permitan superar el subdesarrollo, la corrupción o la impunidad. Sólo poniendo de cabeza lo que hoy es la esperpéntica normalidad se puede pensar en ganar el futuro para una vida colectiva digna, de calidad.

Desaparece lo que no Debiera y es Irrecuperable. En *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, (v. 102, n. 51, 20 de diciembre, 2005), aparece un dato terrible en sí mismo pero que es indicador de un problema mayor, de eso que podemos llamar “el mal mexicano”. El dato es éste: entre 89 países o regiones, el nuestro tiene el primer lugar en la tasa de especies amenazadas de extinción: mamíferos, aves, reptiles, anfibios y coníferas. Si en México hay cosas que deben permanecer y afianzarse, la biodiversidad es de las primeras.

En el caso de la ecología, la situación es particularmente grave por al menos tres razones. En primer lugar, porque México es una de las regiones del planeta con mayor biodiversidad –Chiapas, por ejemplo, tiene cuatro veces más diversidad en plantas vasculares que Gran Bretaña- y por ello la pérdida no es sólo nuestra, (ver a

Mittermier, R.A. y a C.G. Mittermeier en México ante los retos de la biodiversidad, CONABIO, 1992). En segundo lugar, porque esa merma de formas de vida termina por ser irreversible, “la extinción es para siempre”. En tercer lugar, porque esta devastación de la biodiversidad –tala de bosques o contaminación sistemática de tierras, aguas y aire- no es resultado de factores naturales e inevitables sino de la explotación abusiva a causa de la ignorancia y la pobreza o por corrupción criminal. El peligro ya se había advertido de tiempo atrás (véanse, por ejemplo, las publicaciones al respecto de los últimos treinta años de Arturo Gómez-Pompa, entre otras) pero los responsables políticos no actuaron –no actúan- para evitar el desastre.

El abuso y alteración irreversible del medio ambiente por el hombre tiene su raíz en una multitud de causas sociales pero que finalmente hoy son resultado, directo o indirecto, de las relaciones de poder. Así, la destrucción del bosque o selva para usar la madera como mero combustible para luego cultivar maíz en pendientes donde, ya sin la protección de los árboles, la lluvia erosiona rápidamente el terreno y a la vuelta de unos años queda inservible, puede ser resultado directo de la forma de vida de comunidades pobres en extremo, como es el caso de ciertas zonas de la selva en Chiapas o del bosque en la Tarahumara. Esta destrucción de la naturaleza para apenas sobrevivir, es propio de estructuras sociales que se ahogan en su marginalidad y que ellas mismas han sido explotadas y casi destruidas por la acción de fuerzas de poder externas. En el otro extremo, están los intereses madereros, los ganaderos, los industriales y todos aquellos que mediante concesiones o el soborno de la autoridad, explotan el bosque de manera irresponsable, sin reponerlo, o descargan residuos sin tratamiento, etc. En este segundo caso es el talador, el industrial y la autoridad

encargada de vigilarlos quienes se benefician a costa de la destrucción de la naturaleza y deterioran nuestro futuro colectivo.

El México de la gran riqueza biológica no debería morir, pero está muriendo y a gran velocidad, especialmente como resultado de la pérdida anual promedio de 631 mil hectáreas de bosque (¡80% del cual se usa simplemente como leña y carbón!) y la contaminación. En contraste, el México de la destrucción, el México del abuso, de la concentración extrema de la riqueza, de la corrupción, de la impunidad, el que debía morir o al menos estar claramente en proceso de extinción, pareciera estar tan vivo, activo, sano y pujante, como siempre.

Lo que Debiera Estar Muriendo Goza de Cabal Salud. El México que por razones prácticas y morales debería morir pero sigue muy vivo, es el del crecimiento insignificante, ruin. Sin el ataque exitoso contra la pobreza, nuestro entorno natural seguirá dañándose de manera irreversible. Es verdad que la democracia en si misma no asegura la pujanza de la economía, pero finalmente cualquier democracia tendrá poca razón de ser y carecerá de energía para sobrevivir si el entorno material en el que funciona es uno de permanente precariedad, falta de empleo, carencia de servicios, uno, en fin, donde la visión del mañana es la simple repetición de la mediocridad del presente.

En la actualidad y pese a los altos precios del petróleo que exportamos -28 mil millones de dólares en 2005- y a los 20 mil millones de dólares anuales que recibimos en remesas, las cifras de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) no rebasan el 3.5% anual y las proyecciones no prometen un mejor futuro previsible. Si a ese 3.5% se le resta el 1.4% en que se calcula el crecimiento de la población, resulta que la verdadera ganancia es apenas del 2%. Un país ya desarrollado puede darse el lujo de

crecer a esa tasa, pero no uno como el nuestro. Menos cuando en el pasado reciente, entre 1983 y 2004, el promedio anual de crecimiento del PIB real fue de apenas 0.52% anual (cálculo de José Luis Calva).

Es verdad que China, como México, es una zona de desastre ecológico. Sin embargo, la velocidad del crecimiento de China es de 16 veces la del promedio de nuestros últimos 22 años. Si sobreviven a su autodestrucción ambiental, los chinos podrán conservar lo que les quede. En México, al ritmo glacial que lleva nuestro crecimiento, ni siquiera es posible pretender el consuelo chino.

La destrucción ecológica, ya se dijo, es función, entre otras variables, de la corrupción de las autoridades. El México corrupto es muy viejo, de raíces seculares. Sin embargo, se suponía que con la democracia se iniciaba el cambio histórico, el gran combate al monstruo de mil cabezas, pero finalmente no fue el caso. El México corrupto sigue vivo y próspero, medrando incluso en esas zonas vitales de las que depende la viabilidad del país en el siglo XXI, como es el caso de la educación.

La prensa nos acaba de traer una información que si bien no sorprende, sí desaliente y mucho. De acuerdo con los resultados de un estudio hecho por Transparencia Internacional en planteles de primaria y secundaria del sector público –Robando el futuro. Corrupción en el salón de clases–, entre el 2001 y el 2003 el soborno en la relación maestro-alumno creció en 60% en los casos de inscripción y en 110% en relación a los exámenes, (El Universal, 23 de enero). Si la calidad de la educación es una de las variables centrales que explican el gran crecimiento de China o de India –los países que están ganando hoy su posición de grandes potencias para el mañana–, entonces la supervivencia del México corrupto en el gremio de los

educadores –el gran apoyo del Partido Nueva Alianza- está determinando nuestra permanencia en el estancamiento.

La impresionante capacidad del México corrupto para sobrevivir esta ligada a la capacidad del México irresponsable de hacer lo mismo. En 2002, por ejemplo, se creó la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp) para cumplir una promesa de campaña del presidente. La razón de dar vida a la nueva fiscalía era fincar responsabilidades a Luis Echeverría y al resto de los responsables de los crímenes de Estado antidemocrático de los 1960 y 1970. Al final, y tras gastar más de cien millones de pesos en ese aparato burocrático sólo en los dos últimos años, la Femospp no logró nada, absolutamente nada positivo y si algo negativo, pues el México que no necesita rendir cuentas volvió a triunfar, a reafirmarse y a mostrar las debilidades de nuestra democracia.

En Conclusión. De seguir como vamos, lo que va a morir o no nacer, es el México deseado. Tenemos la obligación de aprovechar al máximo la relativa oportunidad que ofrece el cambio de gobierno para exigir que sea real –incluso brutal- el diagnóstico de nuestros problemas así como la lucha contra las prácticas y los intereses creados que asfixian el futuro, que mata lo mismo la biodiversidad que la confianza en nosotros mismos. Sólo así adquirirá sentido, realidad, el compromiso de cada uno con la empresa colectiva.

RESUMEN: “La destrucción acelerada de la biodiversidad es sólo uno de los indicadores del triunfo del México que debería morir sobre el México que debería vivir”